

EL POPULISMO EN AMÉRICA LATINA

Myriam Stanley

Profesora de Historia Latinoamericana y Argentina

Introducción

El populismo en Latinoamérica es un tema que ha merecido muchos estudios, especialmente a partir de los años de 1950, básicamente se han ocupado de esto sociólogos y cientistas políticos. No obstante es un tema controvertido y complejo, que recibió infinidad de acepciones y la mayoría de las veces suscitó largas polémicas, sin que los especialistas hayan llegado a un acuerdo, esto sin duda es debido a la laxitud del término. Laclau dice que pocos conceptos han sido más ampliamente usados en el análisis político contemporáneo y, sin embargo, pocos han sido definidos con menos precisión¹.

Conviene tener en cuenta muy desde el comienzo, que existen muchos fenómenos históricos, diversos en el tiempo y en el espacio, que han sido calificados como «populistas». Como tal han sido caracterizados movimientos sociales o políticos ocurridos en Asia, África, Europa, Rusia o Estados Unidos, así también por ejemplo, algunos estudios aplican esta categoría para analizar el Castrismo cubano o la Revolución china.

Nadie duda de que los estados, movimientos, partidos, líderes e ideologías populistas representan una etapa fundamental de la historia de América Latina y, que la mayoría de las veces estos se relacionan con otros fenómenos fundamentales para la comprensión de la realidad latinoamericana como lo son el nacionalismo económico, el antiimperialismo, la industrialización, la urbanización, las migraciones internas, la emancipación económica o, políticas externas más autónomas. Todos hechos sociales, políticos y económicos que componen la problemática del populismo.

Hay cierta coincidencia en algunos autores en aceptar al «populismo» en diferentes situaciones históricas ocurridas en Latinoamérica. Hay casos en que los líderes populistas alcanzaron el poder, en tanto que en otros jamás llegaron a gobernar, pero si dieron origen a partidos políticos o movimientos populares contestatarios, que tuvieron activa presencia en la vida política de sus países. En general, se denomina populista

a los gobiernos de Juan Perón en la Argentina (1946-55), de Getulio Vargas (1930-45/1951-54) y João Goulart (1961-64) en Brasil, de Lázaro Cárdenas (1934-40) en México, de Víctor Paz Estensoro (1952-56/1960-64) y Hernán Siles Suazo (1956-60) en Bolivia, y de José María Velasco Ibarra (1934-35/1944-47/1952-56/1956-61/1968-72) en Ecuador. También son considerados como populistas algunos movimientos políticos como el APRA peruano, liderado por Víctor Haya de la Torre o el Gaitismo colombiano, fundado por Jorge Gaitán.

Para el brasileño Francisco Weffort el concepto se limitaría a situaciones y realidades muy concretas, según este autor, el Populismo sería particular de América Latina y se habría dado en el momento histórico determinado por las consecuencias inmediatas de crisis del 1930 y la Segunda Guerra Mundial. Es más, propone que más que hablar de un populismo se podría decir que hubo en Latinoamérica tantos populismos como situaciones particulares, es decir no habría un concepto, sino tantos como movimientos políticos merezcan esta caracterización. Weffort al estudiar el «varguismo» en Brasil, afirma que «el populismo es producto de la larga etapa de transformaciones por que pasa la sociedad brasileña desde el 1930. Como estilo de gobierno, siempre sensible a las presiones populares, o como políti-

ca de masas, que buscaba conducir las manipulando sus aspiraciones, el populismo sólo puede ser comprendido en el contexto del proceso de crisis política y de desarrollo económico que se abre con la revolución de 1930»². Ampliando esta idea, lo coloca como consecuencia lógica de la crisis de la oligarquía y del liberalismo brasileño y del propio proceso de democratización ocurrido en el país en esos años, pero agrega, que era necesario que se apoyara en algún tipo de autoritarismo, ya sea en el autoritarismo institucional de la dictadura de Vargas de los años 1937 al 1945, o bien del autoritarismo paternalista o carismático de los líderes de masas del período de posguerra, entre el 1945 y 1964. Al mismo tiempo afirma que, el «populismo», mostraría las propias debilidades de los grupos dominantes, al intentar suplantarse a las oligarquías en el poder, en un país donde éstas -las oligarquías agrarias- habían impuesto su dominación por tan largo período.

Pero sobre todo, aclara, esta forma de hacer política, fue «la expresión más completa de la irrupción de las clases populares en el proceso del desarrollo urbano e industrial de esos decenios y de la necesidad, sentida por algunos de los nuevos grupos dominantes, de incorporación de las masas al juego político»³.

En síntesis, para Weffort, se trata

de un fenómeno político con múltiples facetas y resulta muy difícil hacer referencia al conjunto de los movimientos populistas. Es un fenómeno que se presenta como la expresión de la emergencia de las clases populares en el escenario político. Emergencia que es posible, dada la crisis del estado oligárquico-liberal que eclosionó como consecuencia de la Gran Crisis de 1930, y aparece como la responsable de la ruptura de esa hegemonía oligárquica liberal.

La crisis hegemónica, fue producto de la incapacidad de cualquier clase para imponerse por sobre las otras y asumir el poder, así habrá un espacio para ser ocupado por los diferentes movimientos populares. Donde esto ocurra, encontraremos el surgimiento de movimientos populares, asegura. Los nuevos regímenes no son oligárquicos, pero las oligarquías no están totalmente ausentes, sólo son desplazadas parcialmente del poder y de alguna manera estarán presentes en el Estado.

Por su parte el Estado es un «estado de compromiso» y al mismo tiempo un «estado de masas», que en última instancia es la expresión misma de la prolongada crisis agraria, de la dependencia social de las clases medias, de la dependencia económica de la burguesía industrial y de la creciente presión popular.

Otros autores también han restringido el uso de esta categoría exclusiva-

mente para tratar situaciones políticas latinoamericanas y dentro del período comprendido por los años de 1930 y 1960. Nos referimos especialmente a los sociólogos argentinos Gino Germani y Torcuato Di Tella.

Estos sin ser tan explícitos cuanto el brasileño, parten del presupuesto de que el populismo sería un fenómeno que ocurre en una situación de «transición», o sea en la transición de una sociedad atrasada, rural, pre-capitalista, hacia la sociedad moderna: industrial, capitalista y urbana. Germani, encuentra un rasgo común en los países subdesarrollados que se resumiría en el «asincronismo técnico y asincronismo geográfico; o sea, la utilización de los adelantos más recientes de la técnica al lado de la supervivencia de instrumentos ya caducados, o bien, el contraste entre «regiones evolucionadas» y «regiones atrasadas»⁴. Las raíces deben -según ellos- ser buscadas, precisamente en la asincronía de los procesos de transición de una sociedad a otra. Germani hace una distinción muy clara entre el proceso histórico europeo y el latinoamericano, distinguiendo las especificidades propias de una sociedad subdesarrollada.

Di Tella parte de los mismos presupuestos que Germani e insiste en la condición de países periféricos de América Latina. Entiende al «populismo» como un movimiento político que cuenta con

el apoyo político de las masas populares urbanas y rurales y de otros grupos sociales que van contra el status quo, movidas por una profunda insatisfacción en cuanto a sus expectativas con respecto al papel que creen deberían ocupar en la sociedad («incongruencia de status»).

En tanto el brasileño Octavio Ianni, desde otra postura teórica, también entiende que se trata de un fenómeno que tiene su aparición en el preciso momento de eclosión de la crisis del sistema capitalista mundial y las concomitantes crisis de los sistemas oligárquicos nacionales, pero además considera que las experiencias populistas de Latinoamérica coincidieron con la conformación definitiva de la «sociedad de clases». En esta situación de colapso de las oligarquías liberales o autoritarias, - que se habían afianzado desde el siglo anterior- y la crisis del capitalismo y el imperialismo, se abrió una brecha por donde pudieron colarse las masas como un nuevo elemento constitutivo del Estado.

En esta etapa, los valores -políticos, culturales, religiosos u otros- compartidos por los trabajadores, cambiaron, y fueron sustituidos por otros inherentes al medio urbano industrial. Es en este proceso que se «conforman plenamente las relaciones de clases dentro de las Naciones de América Latina»⁵. Los regímenes populistas, sucedieron a

los movimientos de clase media, como el irigoyenismo en el caso de Argentina, o el «tenentismo» en el caso brasileño; movimientos de clases media que fueron las primeras y más fuertes reacciones en contra del Estado oligárquico, y que, a veces, se combinaron con movimientos obreros. En esos momentos las democracias avanzaron algunos pasos, pero no alcanzó para producir efectos más firmes y destructivos sobre el Estado oligárquico.

Más adelante amplía esta idea al decir que: «el populismo no es una ruptura con el pasado político de la clase obrera. Constituye una etapa del movimiento político obrero que corresponde al lapso en que los precursores de la urbanización, la industrialización y el crecimiento del sector terciario transformaron de un modo profundo la composición interna de la sociedad. [...] Esos procesos «recrearon» la estructura de clases de la sociedad latinoamericana. En la nueva configuración del sistema de clases no había lugar para los «radicalismos» propuestos anteriormente. En la época de política de masas, la burguesía industrial asume el liderazgo ostentoso de las luchas reivindicativas y reformistas de las masas obreras y de amplios sectores de los estratos medios»⁶

Pero lo que con más fuerza irá a caracterizar a los movimientos populistas, es el duro y contundente golpe sobre el

Estado oligárquico que dará paso a las dictaduras y democracias populistas⁷, ahora las «nuevas clases sociales (burguesía industrial, proletariado y nuevos sectores de clases medias) se unieron a la política de masas»⁸. A partir de entonces, surgen nuevas organizaciones y estilos de liderazgos políticos o bien se reformulan los viejos y lo que predominará será la idea de «armonía de clases» en oposición al «antagonismo de clases». Las diferentes clases se habrán unido bajo la bandera del nacionalismo, ya sea éste, nacionalismo cultural, nacionalismo político o nacionalismo económico.

En este cuadro -afirma Ianni- la imposición del populismo llevó a los diferentes países a dictaduras o democracias autoritarias. «El juego político de las masas debía permanecer bajo el control estratégico de la burguesía», por esta razón, argumenta, los gobiernos populistas no buscarán la defensa armada de las masas, cuando les llegue el ocaso, ya que las armas son «parte esencial del poder burgués»⁹.

El Populismo brasileño: Getulio Vargas

El 1930 marca un punto de ruptura en la historia brasileña; la llamada «Revolución del 30», que acabó con la Primera República o «República Velha», dio lugar a un período que Aspacio Camargo llama la «era Vargas», perío-

do donde se establece una nueva forma de organización del estado; los primeros años bajo la influencia del «tenentismo» conformando una república unitaria, nacionalista y reformista, en oposición al federalismo oligárquico de las elites regionales¹⁰. Esto fue favorecido por las situaciones de la década anterior: la 1ª Guerra Mundial, la presión industrialista, la crisis de sobreproducción del café, el aumento de la población urbana y de los sectores medios y el hartazgo de un sistema político fraudulento.

El nuevo estado dejó de representar los intereses de un sector de la sociedad, la burguesía del café, que había sido dislocada del centro de la escena, por la crisis. Por su parte los sectores medios no eran suficientemente fuertes y el «tenentismo» había fracasado en sus intentos de movimiento político autónomo, frente a este empate de fuerzas, el gobierno de Getulio Vargas asumió el papel de árbitro y mediador de las disputas internas. A partir de ahora hay una redefinición del rol y la función del Estado, a la luz de la ideología nacionalista que dominará el pensamiento político y económico de los años 30. Las ya viejas discusiones sobre la extensión territorial que habían alimentado al nacionalismo en el siglo anterior, dieron paso al desarrollismo. La idea de una Amazonia vista como un espacio vacío, como una reserva que despertaba la co-

dicia del extranjero, estará presente en las nuevas políticas públicas, donde la vieja idea de «gobernar es construir caminos», pondrá en marcha un proyecto nacional desarrollista que fue capaz de superar la fase oligárquica.

La primera gran preocupación, de la administración de Vargas, fue la constitución de nuevo estado capaz de mantener la unidad nacional y el equilibrio de las diferentes fuerzas sociales, dirigir la nación por encima de las oligarquías estaduais y promover a la industrialización. En el 32, frente a la «Revolución Paulista», último intento de recuperación del poder oligárquico en el Estado, Vargas se coloca como mediador entre la oligarquía y el tenentismo, fortaleciendo su posición conciliadora. Había comprendido -además- que sería imposible reorganizar el país en hostilidad con las oligarquías. Finalmente, en 1933 reunida la Asamblea Constituyente, promueve la conciliación entre el federalismo oligárquico y el centralismo tenentista. Entonces prevaleció la «coordinación de las grandes representaciones» dirigidas por los principales liderazgos tradicionales: São Paulo, Minas Gerais, Rio Grande do Sul y Bahía. En 1934 fue aprobada la nueva constitución -definida por algunos estudiosos como «híbrida»-, ya que era a un mismo tiempo, intervencionista en lo económico y liberal en lo político. Por un lado decretaba las autonomías

estaduales y fortalecía el Congreso, por otro, imponía un fuerte control a través de elecciones indirectas para presidente, mientras implementaba los derechos sociales.

En el 1935 se produjo lo que se ha conocido como la «Intentona Comunista»¹¹; suceso que le prestará, al presidente, argumento para, dos años más tarde, instaurar el «Estado Novo» y entonces, establecer su pleno dominio político. Hasta ahora había tenido que maniobrar con una coalición sumamente compleja de fuerzas contradictorias. Fue un golpe comandado por el propio Vargas, cuyo objetivo principal era crear instituciones capaces de imponer el poder del Estado y mostrarse con la capacidad suficiente para combatir el comunismo y el caudillismo. Fue silenciosamente preparado pero estridentemente presentado, se suspendió la Constitución del 34 y simbólicamente se quemaron las banderas estaduais en ceremonia pública, para no dejar lugar a dudas: habría, a partir de ahora un solo Estado, el nacional. El fortalecido poder central, se ocupó de nombrar interventores para las administraciones estaduais, controlar los recursos energéticos nacionales, organizar el servicio público, la siderurgia y acelerar la industrialización. Para esto, había sido preciso suspender el Congreso, las Asambleas Estaduales y la Constitución Nacional. Esta experiencia unitaria se

extendió hasta el año de 1945, cuando cae la dictadura del «Estado Novo» tras un movimiento militar.

El dictador tuvo plenos poderes, tanto legislativos como ejecutivo y si algo caracterizó al nuevo régimen, fue el máximo grado de participación del Estado en todos los asuntos. Tal vez la más drástica medida haya que colocarla en el congelamiento de la deuda externa, que no había parado de crecer como consecuencia del déficit en la balanza de pagos, por la disminución de las exportaciones y de los ingresos reales en la economía.

Otra novedad fue la creación de autarquías especiales que atendían todos los rubros de la economía: el IAA (Instituto do Açúcar e do Alcool), el IBC (Instituto Brasileiro do Café), el Consejo Nacional del Café, el Departamento Nacional del Caucho, el Instituto del Cacao, el Instituto Nacional de Estadística y Censo, el Consejo Federal de Comercio Exterior, el Consejo Brasileño de Geografía; al mismo tiempo se promulgaba el Código de Minas, el Código de Aguas, se implementaba la industria Siderúrgica (Cia. Siderúrgica Nacional, la Usina Siderúrgica de Volta Redonda, la Companhia do Vale do Rio Doce, la Fábrica Nacional de Motores), se desarrollaba la industria Petrolera (Petrobras), la energía eléctrica y la industria automotriz.

Con respecto al problema social, el

Estado incorporó una legislación muy próxima al estado corporativo, pero atendiendo a viejas reivindicaciones laborales que se arrastraban desde las huelgas del 1919. Con la creación del Ministerio de Trabajo, Industria y Comercio, el gobierno reglamentó los sindicatos, creó la Junta de Consolidación y legisló sobre el régimen de trabajo de hombres, mujeres y niños, otorgando la jornada de 8 horas, el salario mínimo, vacaciones, estabilidad laboral, indemnizaciones por despido, convenciones colectivas de trabajo y la creación del Instituto de Jubilaciones y Pensiones, además de la Justicia del Trabajo. Pero acabó con la autonomía sindical, sólo existiría un sindicato por cada profesión, con la debida autorización ministerial; además se fijaba el descuento de una jornada por año y por trabajador que iría a constituir el «fondo sindical», que canalizado vía Ministerio del Trabajo se distribuiría entre los sindicatos. El impuesto sindical se convirtió así, en una fuente de dependencia política y un camino para la burocratización y corrupción del sindicalismo.

Por otra parte, Vargas implementó una política internacional altamente pragmática aunque no siempre ética, coqueteó con la Alemania nazi en los primeros años y finalmente en el año 1940 firmó un pacto con Estados Unidos cuando Roosevelt visitó el país (Conferencia de Rio de Janeiro) por el

cual, a cambio de la utilización de las costas del noreste, como base para las naves y la aviación aliada, Brasil recibiría una ayuda por 200 millones de dólares en armamentos y créditos blandos, que le permitieron financiar el codiciado proyecto de industrialización.

El «Estado Novo» fue fundamentalmente un estado autoritario que se transformó en el principal instrumento de acumulación capitalista al servicio de la burguesía industrial brasileña. Vargas no logró nunca ser el líder de un movimiento unificado y homogéneo, como lo fue Perón, pero sí un articulador de fuerzas heterogéneas sobre las que estableció su dominio personal a través de un complicado sistema de alianzas. En las regiones más modernas del país consiguió firmes bases de apoyo en los sectores obreros y medios, pero en el interior, rural y arcaico, deberá buscar su sustentación en las viejas maquinarias políticas clientelísticas de la oligarquía rural. De allí que no consiguió construir un partido político único, sus fuerzas de apoyo se organizaron en dos facciones, el Partido Social Democrático (PSD) que agrupó a los sectores conservadores y el Partido Trabalhista Brasileiro (PTB) donde se congregaron los sectores urbanos, medios y obreros progresistas.

Pero el populismo brasileño nunca consiguió construir un lenguaje político de dimensiones nacionales -afirma

Laclau- como sí lo conseguirá Cárdenas y Perón aunque por diferentes circunstancias.

El Populismo mexicano:

Lázaro Cárdenas

La crisis de 1929 había repercutido en México como en el resto de América Latina, de forma contundente. La situación económica se había agravado con la caída del precio de la plata, lo que llevó a una crisis general de la minería alcanzando al oro, el cobre y el zinc, cuyos precios también cayeron estrepitosamente. En tanto la industria petrolera, que ya venía sufriendo problemas, debió reducir la producción. A la crisis minera, se le sumó la crisis agrícola, con la caída de los precios externos a niveles no imaginados. A la desesperante situación económica deberá agregarse un balance negativo de la revolución; entre los años de 1915 y 1930 el nuevo grupo dirigente sólo la había conservado en sus aspectos formales, provocando descontento en amplios sectores de la población, especialmente en las masas campesinas y en el cada vez más populoso proletariado industrial. Calles, uno de los líderes políticos de mayor peso en los años 20, había intentado rescatar las banderas revolucionarias, y buscando salir del atolladero, proponía la consolidación de las instituciones políticas, que condujeran a la centralización del poder, superando la fragmen-

tación económica y política pos-revolucionaria. Pero será Lázaro Cárdenas, quien llegó al poder en 1934, a través de elecciones, como candidato del burocratizado Partido Nacional Revolucionario (PNR) y gobernó hasta el 1940, quien consiguió imponer un nuevo rumbo a la política mexicana. Su gobierno es considerado como una clara experiencia populista.

Cárdenas, postulado y apoyado por las Ligas Campesinas de Tamaulipas y de San Luis de Potosí, venía precedido por cuatro años de ardua labor como gobernador de su estado (Michoacán), habiendo triplicado el reparto de tierras con respecto a los once años anteriores. Ya como presidente, impulsará con un ritmo similar -a nivel nacional- la Reforma Agraria, pendiente desde los años de la Revolución. Entre el 1935 y el 1940 se distribuyeron una media anual de 3 millones de hectáreas, entre unos 129 mil campesinos, a un promedio de 22,5 ha. por unidad, lo que significó imponer como forma dominante al ejido¹² de explotación colectiva, ya que paralelamente se crearon, entre 700 y 800 cooperativas. Esto se correspondía a una concepción «agrarista» según la cual era posible asegurar el éxito económico por esta vía de explotación de la producción de la tierra.

El proceso de distribución de tierras fue acompañado por la construcción de obras de regadío y programas crediticios

por parte del Banco Nacional de Crédito Ejidal. Política esta, que permitió una relativa modernización de la producción agraria, al tiempo que fijó a la tierra a una gran masa de desposeídos, que no habían terminado de estabilizarse con posterioridad a la Revolución del 1910.

Paralelamente se dinamizó dos aspectos complementarios, salud pública y salubridad, con la construcción de hospitales, el envío de médicos rurales, campos de descanso para obreros y la creación del Departamento de Asuntos Indígenas, que estableció escuelas y centros de salud. En cuanto a la educación se promovió lo que dio en llamarse la «escuela socialista», se trataba de «la escuela gratuita, obligatoria de asistencia infantil, coeducativa, integral, vitalista, progresista, científica, desfanatizante, orientadora, cooperativista, emancipadora, nacionalista», en otras palabras, se trataba de imponer una escuela modernizadora para una población que aun permanecía al margen de la integración ciudadana, en el más amplio sentido del término.

Fue también en este período que más se avanzó en cuanto a la sindicalización tanto de los obreros industriales cuanto de los campesinos, tuvieron particular importancia los sindicatos de los empleados públicos y el de los petroleros. Consiguió neutralizar la figura de un viejo líder sindical, Morones, quien desde 1927 controlaba férrea y

autoritariamente la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM); concediendo el apoyo necesario a Vicente Lombardo Toledano, fundador en 1935, de la Confederación del Trabajo Mexicano (CTM), que rápidamente alcanzó el millón de afiliados. El apoyo brindado por Cárdenas a la CTM, sirvió para librarse de los viejos grupos enquistados en el poder, y dar lugar a otros sectores adictos a la nueva política gubernamental.

La meta era la centralización del poder, de tal suerte, que le permitiera, al Estado, tener bajo su égida, tanto a los sectores medios como a los populares, a través del respeto a la propiedad privada -exigencia ésta, de los sectores medios- y del mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores campesinos. Esto dio como resultado una sustancial transformación de las condiciones materiales del obrero quien -según Alicia Fernández Chávez- «... de «proletario» terminó por convertirse en trabajador al servicio del Estado, como lo ilustran la nacionalización y administración obrera de los ferrocarriles (1937), la nacionalización petrolera (1938) y la organización y funcionamiento de la Comisión Federal de Electricidad y del Banco Nacional Obrero de Fomento Industrial»¹³.

Al mismo tiempo impulsó la renovación del PNR (Partido Nacional Revolucionario), excluyó al viejo líder Ca-

lles, obligándolo a exiliarse; y llegó a un acuerdo con la Iglesia, de modo tal, que de ahora en más, tuviera una posición prescindente en el campo de la política nacional y permitiera, al Estado, quedar a resguardo de nuevas tentativas reaccionarias.

Consiguió estructurar de tal forma el partido oficial, que integró a las organizaciones sindicales al Estado, vía el partido político. El Ejecutivo, con las prerrogativas de enormes poderes que la Constitución del 1917 le concedía y por la propia voluntad del presidente, creció en centralización, coadyuvando a la consolidación del Estado, que además, se burocratizó y se fortaleció frente a la sociedad. Los principales canales de participación política quedaron articulados a la estructura estatal, especialmente el partido oficial y los sindicatos, tanto los urbanos cuanto los rurales.

Según Carmagnani «La renovación del PNR y el apoyo de la CTM y del campesinado reconstruyeron, sobre otras bases, el primitivo bloque compuesto por las capas medias, el campesinado y la clase obrera, lo que permitió al gobierno de Cárdenas llevar adelante un proceso innovador, resumible en lo que (...) designábamos como proyecto político de construcción del estado democrático. El que dicho proyecto triunfara en México mientras se malograba en otros países se debió, substancialmente, a que la lucha arma-

da de los años 1910 a 1916 había quebrantando profundamente a la oligarquía, a la que no quedó más remedio que entrar con el disfraz de burguesía nacional en la vasta agrupación de fuerzas cuya dirección estaba a cargo de las capas medias»¹⁴

De ser así, sería legítimo afirmar que, en el caso mexicano, el populismo se manifestó como un desdoblamiento de la Revolución. Aquí la burguesía conscientizada de su rol, a través de la experiencia de los años de lucha, mostró su fase más progresista en el gobierno de Cárdenas; la Revolución le habría enseñado como actuar, al tiempo que el presidente actuaba como el espejo de esa burguesía, que había aprendido que en las reformas, estaba el secreto de su supervivencia.

Volviendo al populismo, decíamos que éste se caracterizaría fundamentalmente por la emergencia de las clases populares en las luchas sociales y políticas; esta perspectiva se aplica claramente en el caso brasileño, en tanto en el mexicano, la emergencia de las clases populares se habría dado muy anteriormente al fenómeno populista, pero es en el período cardenista que tienen nuevo auge, se revitalizan, pero perfectamente articuladas en el Estado. En cuanto a otra cuestión importante, como lo es el surgimiento del populismo como respuesta al vacío de poder que

dejarían las oligarquías, frente al quiebre de su hegemonía política, con posterioridad a la crisis del modelo primario-exportador, parécenos extremadamente adecuado en el caso brasileño, ya que la Revolución del 30, corresponde a una ruptura de esa hegemonía oligárquica. Entretanto en México, la problemática debería ser entendida de forma diversa. La Revolución de 1910, fue el quiebre hegemónico de la oligarquía, terminada esa etapa revolucionaria, la burguesía asumió el liderazgo del proceso y, en 1930, frente a la Gran Crisis, otro sector de la misma burguesía revolucionaria tomará las riendas. Aquí no hubo una crisis de hegemonía, no hubo rupturas en el poder, al populismo de Lázaro Cárdenas debe relacionárselo con las dificultades económicas que desató la crisis y la búsqueda de nuevas sendas para enfrentarla. La política económica nacionalista e industrialista, así como la política agrarista, fue el camino que se siguió para fortalecer al mercado interno frente al derrumbe del modelo agro-exportador. Cárdenas supo combinar magistralmente las utopías agrarias levantadas durante la revolución, con las demandas del capitalismo post-crisis.

Otra de las cuestiones discutidas en torno al populismo, tiene que ver con la imagen del líder carismático, como uno de los factores fundamentales para la comprensión del fenómeno. El

populismo no puede ser explicado básicamente por la simple aparición del líder carismático, que demagógicamente, lleva a las masas en la dirección que él bien entiende. El carisma es un dato más a ser tenido en cuenta para la comprensión total; pero sólo eso. Como diría Weffort, en el fenómeno populista se da una «manipulación» de las masas por parte del líder, pero esa manipulación se corresponde con una satisfacción de aspiraciones, largamente esperadas. Así el líder populista, a un mismo tiempo que manipula a las masas para que ellas se encuadren dentro de los límites por él impuestos, también activa mecanismos de satisfacción de viejas aspiraciones, como -por ejemplo- la legislación social.

Estos casos de populismo aquí tratados, representan una muestra de las extendidas movilizaciones populares, ocurridas en el período comprendido entre la Crisis de 1930 y 2º Guerra Mundial y motorizadas por las nefastas consecuencias de aquella crisis, que habrían provocado la inserción de esos nuevos sectores en las luchas políticas nacionales.

Estas luchas los habría transformado en uno de los principales actores sociales, que el sistema político necesitaba para legitimarse. Pero al mismo tiempo, habrían contribuido a fortalecer al sector dominante, mientras atacaron a los sindicatos y a las organizacio-

nes político-partidarias al Estado.

Estado reformado, fuerte, capaz de intervenir directamente en la política económica y promover el crecimiento industrial, entendiendo esto como señal de desarrollo y crecimiento; permeado por la ideología nacionalista, en la medida en que se buscaba una salida «nacional» para las alicaídas economías latinoamericanas, y en general, determinaron como el enemigo principal al «imperialismo», perfectamente articulado con las oligarquías nacionales; Estado que se colocó como el árbitro de todos los conflictos sociales y que buscó la «paz social», la «armonía entre las clases» o la «alianza entre el capital y el trabajo», reafirmando el modo de dominación capitalista.

Notas.

1 Ernesto Laclau, *Hacia una teoría del Populismo*, p.165.

2 Francisco Weffort, «El populismo en la política brasileña», en *Brasil Hoy*, AA.VV., México, Siglo XXI, 2a. edic., 1970, p. 54.

3 Fransisco Weffort, *ibidem*, p. 54.

4 Gino Germani, «Democracia representativa y clases populares», en: *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, AA.VV., México, Era, 1977, 2a. edición, p.12.

5 Octavio Ianni, «Populismo y relaciones de clases», en *ibidem*, p. 87.

6 *Ibidem*, p.109.

7 *Ibidem*, p. 90.

8 *Ibidem*, p. 112

9 *Ibidem*, p. 119.

10 Aspacia Camargo, «La Federación sometida. Nacionalismo desarrollista e inestabilidad democrática», en: Marcello Carmagnani (Coord.), *Federalismos latinoamericanos: México, Brasil, Argentina, México*, FCE, 1993, pp. 300-362.

11 Un fallido intento, liderado por Luis Carlos Prestes, de tomar el poder y hacer del Brasil la primera experiencia comunista de Latinoamérica.

12 El ejido actual -no en el concepto colonial- es una propiedad del Estado cedida en usufructo individual, perpetuo y hereditario a los campesinos, no es una propiedad comunitaria, pero sí una forma disfrazada de propiedad privada. El ejido es producto de la donación, no de la compra, previa expropiación de latifundios, o bien de tierras del Estado.

13 Fernández Chávez, Alicia, «Federalismo y Gobernabilidad en México», en: Marcello Carmagnani, op. cit., p.288

14 Carmagnani, Marcello, *Estado y Sociedad en América Latina, 1850-1930*, Barcelona, Crítica, 1984, p. 241.

